

En el origen de la plástica autóctona: Néstor

Néstor ha sido siempre, para nosotros, una figura controvertida. Aparece y desaparece de la actualidad con periódica frecuencia. Se le niega el pan y la sal del mundillo (a veces mezquino) del arte. Para pretender elevarle más tarde a un pontificado glorioso que él nunca buscó. Pero todavía no ha sido hecha una valoración serena, documentada, de su obra y del importante papel histórico que le cupo jugar en la gestación de un arte autóctono de las Islas Canarias. Yo muchas veces he pensado —recordándolo— que si a Néstor le hubiera tocado en suerte, por ejemplo, el nacer en Cataluña, otro gallo le hubiera cantado. Hoy probablemente sería una primera figura fundacional indiscutida del arte contemporáneo en España.

Hoy y aquí no vamos a pretender ni un estudio a fondo ni una reivindicación totalizadora de la vida y la obra de Néstor. Solamente acercarnos un poco y sobre todo intentar situarlo en la perspectiva que por derecho propio le pertenece. Si con toda propiedad es posible hablar ahora de un arte, de una plástica canaria, es imprescindible contar con Néstor. Si este arte y esta plástica adquieren desde un principio una clara categoría universal, a Néstor se lo debemos.

Néstor, en sus frecuentes viajes a Europa no cabe duda que entró en fecundo contacto con las corrientes estéticas más en boga de principios de siglo: los prerrafaelistas (a los que estuvo estudiando en Londres) y los del grupo "Arts and Crafts" en el Reino Unido; "Arts Nouveau" en Francia, Bélgica y Holanda; el "Jugendstil" en Alemania. Como ocurrió a Tomás Morales con el Modernismo, su adscripción a estos movimientos fue tardía, epigonal. Igual fenómeno ocurría más tarde con el grupo Gaceta de Arte (Domínguez) y el Surrealismo. Lo que nos incita a pensar que estamos ante una de las características de nuestra capacidad de respuesta a los estímulos de la vanguardia. De sus largas estancias y contactos en Barcelona y Madrid, entre otras actividades, sabemos que expuso en el salón "La Regenta" al lado de Nonell, Ramón Casas y otros (1908). En esa época la moda modernista hacía furor en Barcelona y Gaudí delegaba su genial y personalísima concepción de la Arquitectura y la Decoración.

Fue éste de principios de siglo un largo período de transición común a todo el arte occidental. Se abría un amplio portalón en las artes plásticas, en la música y en las

literaturas europeas y americanas, por el que cabía todo y de todo. En lo que se refiere a la plástica, la labor artesanal, el diseño, la decoración, viñetas, publicidad, mobiliario, joyas y objetos preciosos, etc., etc., fueron elevados a la categoría de gran arte. Fue también un poco el retorno a los orígenes. El Africa negra abría sus misteriosos arcanos. Lo exótico: Japón, Java, el próximo Oriente, se impuso. Pero todo este barullo tenía su talón de Aquiles y su inevitable precio social: lo superficial, la moda. Aún así supuso una revolución irreversible, abrió caminos en una serie de direcciones y dio oportunidad a unos cuantos grandes artistas de encontrar formas de expresión y realización idóneas. Como otros grandes momentos similares en la historia del Arte, supuso lo que podríamos denominar un período abierto.

Es en este contexto donde hay que situar a Néstor. Bebió fuerte en estas fuentes y en estos ambientes, herencia directa de Baudelaire y del Simbolismo. Su sensibilidad, espíritu inquieto y buen gusto —de todos reconocido— le permitió pronto captar la esencia de la estética de **lo moderno**. Pero lo más importante de la aportación de Néstor hay que buscarla en el retorno a las Islas —al que le llevó su certero instinto— en busca de lo exótico que otros se inventaban en lejanas y desconocidas tierras. El lo encontró con nada más que derramar la vista por el entorno familiar. Iniciaba así un fecundo camino de indagación y de búsqueda, que tuvo luego sus dignos continuadores en el movimiento indigenista. No fueron entonces sólo las fuentes de las que se nutrió, las técnicas que incorporó, los mo-

delos a los que siguió; sino su feliz hallazgo de lo peculiar canario (si bien dentro de las limitaciones de una estética decadente —la modernista—), lo que hace de Néstor un artista de excepción.

La ideología del Modernismo — hemos dicho ya en otra ocasión con respecto a Tomás Morales— supuso para nuestros poetas y artistas la oportunidad histórica de independizarse de la servidumbre del centralismo de la Metrópolis. Néstor en el "Poema del Atlántico" — como Tomás Morales en su Oda— busca (y encuentra) en el Tiempo Mítico la creación de un universo autónomo, independiente de toda tradición hispánica. Su minucioso estudio y perfecto conocimiento de la fauna marina de nuestras costas (que mitifica, es decir, eleva al Tiempo Inmemorial) es sólo equiparable al empleo de un depurado vocabulario técnico de los términos marinos, de que hace gala Tomás Morales. Ambos consiguen incorporar así lo exótico al dominio de la autenticidad, sin ninguna violencia. El tema del mar —cantado en sus propias virtudes— les brinda un terreno virgen. Su exuberante poblamiento (en ambos también) es ocasión para desplegar el más refinado virtuosismo, con el sólo precedente de un Debussy, que nosotros separamos.

Pero es en su "Poema de la Tierra", infortunadamente inacabado, donde Néstor alcanza su más alto grado de originalidad y hace una aportación fundamental. Subsisten en este ambicioso poema algunos elementos ya desarrollados en el "Poema del Mar"; ritmos alucinantes y envolventes, coloridos, barroquismo, recreación de la flora isleña (en el "Poema del Mar" es la

fauna marina), etc. Pero el "Poema de la Tierra" invierte los términos. Ya no se busca la universalidad en lo intemporal mítico como punto de partida que nos lleva al momento particular. Ahora se parte directamente de lo particular (la figura humana) para fundar nuevos mitos que aspiran a inmortalizarse (lo universal). El vehículo utilizado es el erotismo. Un erotismo sorprendentemente original que choca desde el primer instante. Una especie de pansexualismo, donde lo masculino persigue a lo femenino hasta convertirse en su contrario. Recreación del mito del andrógino en que los dos sexos separados buscan una nueva identificación. La pareja humana ocupa así el centro de la composición y todo se le subordina. La flora (nuestra flora autóctona idealizada que más tarde se convertirá en cliché) participa de forma activa en esta fiesta de los sentidos. Y continúa siendo en la superficie (como ocurre en toda su obra) donde habita lo profundo.

No voy a extenderme sobre las calidades y logros del color, los hallazgos y aciertos técnicos de Néstor, en estos dos grandiosos poemas así como en la decoración del Teatro Pérez Galdós, el mural del Casino de Santa Cruz de Tenerife y otras realizaciones. Quisiera hoy en este breve artículo destacar en cambio la vertiente de la obra de Néstor que me parece decisiva:

la creación, mejor dicho, recreación del ideal de tipo étnico peculiar de todo el Archipiélago. Se ha acusado a Néstor de falsear nuestro entorno, nuestro folklore y nuestra figura humana. De ofrecer nos un arquetipo de lo canario amanerado y convencional. No obstante la escuela indigenista (Felo Monzón, Oramas, Santana, Juan Ismael, etc), no tuvo escrúpulos en partir de estos modelos. Yo pienso que la búsqueda de lo particular - auténtico canario —en nuestros artistas— ha sido y continúa siendo, una carrera con relevo. La siguiente posta (si aceptamos esta hipótesis) sería Plácido Fleitas, que despegaba hacia una raíz más genuina en el prototipo africano. Luego vendrían Millares y Chirino con sus profundizaciones arqueológicas y la incorporación de la pintadera y las grafías aborígenes. Y continúa hoy en día con el movimiento que empieza a ser conocido como la tendencia primitivista.

Y es que a lo profundo se va inevitablemente desde la superficie. Son sucesivos estratos de exploración que nos van revelando —en un lento y fatigoso proceso— la huella de la identidad. Y éste es el mayor mérito —sin menospreciar otros—, de la contribución de Néstor a la fundación y a la historia de las artes plásticas canarias contemporáneas. Y por ello le debemos eterna memoria.

José Luis Gallardo